

Festival de Cine en Mannheim

LOS AMARGOS VIENTOS DEL ESTE Y DEL OESTE

TAL como andan las cosas en el mundo, el Festival de Mannheim, abierto a los cortometrajes y a las «ópera prima» —es decir, a un cine relativamente independiente—, tenía que testimoniar sobre lo que podríamos calificar de «gran cansancio», de duro, insoportable e irritado cansancio.

El tema dominante, la expresión de esa justificada irritabilidad ha sido, en el ámbito occidental, la denuncia de la guerra del Vietnam, entendida como la más indigerible contradicción entre las argumentaciones pacifistas de ciertos minorías rectoras y la real destrucción y masacre de todo un pueblo en nombre de los intereses económicos y las exigencias de una política de dominio. Si, en última instancia, U. S. A. tiene sus argumentos para seguir allí y proseguir la guerra, tanto peor; lo que se pone entonces en juego ya no es la guerra en sí sino todo el sistema de principios que la provoca y que, lógicamente, ha de gravitar sobre otros múltiples problemas de la tierra.

Con todo, es muy importante tener en cuenta a este respecto el espectáculo US de Peter Brook —llevado al cine por Peter Whitehead en una simple película de la representación escénica de la Royal Shakespeare Company— en el que se denunciaron los errores habitualmente adheridos a la cuestión: derivar a simple «antinorteamericanismo» lo que es una responsabilidad general. Cierto, dice Brook, que es Norteamérica la que destruye el Vietnam, pero es necesario considerar ampliamente los factores que potencian y determinan esa situación; factores entre los que ocupa un importante lugar la pasividad e insolidaridad del hombre moderno. Decir que el gobierno norteamericano tiene la culpa y sentirnos luego puros e inocentes, es una variante de las múltiples coartadas que necesita nuestra conciencia. Es posible que la solución esté en las manos de una minoría y que nada podamos hacer los demás. Aún así tendríamos un triste papel, y es bueno saberlo para no falsear la situación.

Junto al tema del Vietnam, el tema de los beats, los provos, los hippies, expresiones elementales, pero muy respetables, de la impotencia y la desconfianza. Junto a los rostros de los vietnamitas achicharrados por las

bombas, las largas melenas y la promiscuidad de los que quieren estar «fuera del orden». Justamente de un «orden» en el que no falta el horror y la injusticia.

Vietnam viene así a ser el catalizador de todo un sistema, cuyas contradicciones últimas son puestas en evidencia.

Por parte de los norteamericanos, la preocupación ha sido igualmente expresada. Pensemos en esa reciente manifestación frente al Pentágono de más de cien mil norteamericanos y su indudable condición representativa de un sector bastante más amplio. Sobre la pantalla de Mannheim, grupos de beats han cantado la necesidad de la paz; extraordinarios intérpretes de la música moderna nos han dicho que ser norteamericano resulta hoy tremendamente difícil; otros realizadores americanos, sin aludir explícitamente al tema del Vietnam, nos han ofrecido películas pesimistas, fraguadas en rebeldía y soledad.

También del Este ha soplado un vientecillo amargo. Venía de Checoslovaquia, cuya cinematografía es, tradicionalmente, la gran vencedora de Mannheim. Testimoniaba los problemas derivados de las limitaciones expresivas. Aludía a las tensiones entre minoría intelectual y socialismo, entre creación individual y programación colectiva.

El tema es importante. Pensemos que Checoslovaquia ha ofrecido recientemente no ya el mejor cine de los países socialistas, sino el mejor cine del mundo. Por lo que su crisis alcanza a desbordar la condición de problema nacional para cargarse de significaciones más generales.

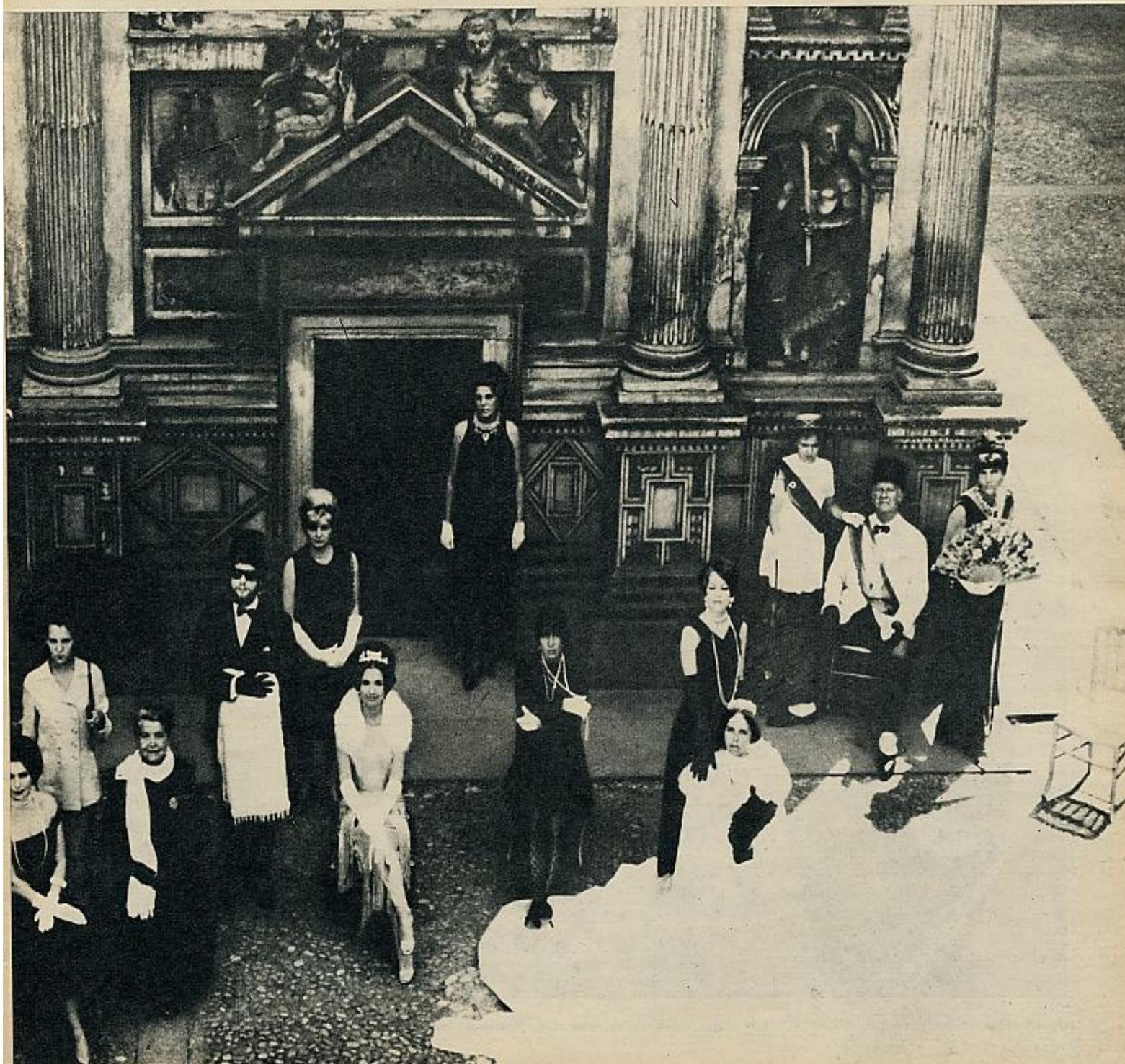
¿Qué sucede en Checoslovaquia? La pugna entre la minoría intelectual y la política gubernamental es obvia, a tenor del reciente escrito firmado por mucha gente seria y responsable. Por desgracia, carecemos de los necesarios elementos de juicio para desentrañarla. Si sabemos que, tras un período de stalinismo, la cultura checa recuperó su pulso, al tiempo que recuperaba a Kafka y podía mirarse en sus tradiciones. También sabemos —porque conocemos las películas— que de esta nueva situación surgió un nuevo cine, abierto, rico, y, las más de las veces, pesimista. Considerar en **SIGUE**



Por
JOSE MONLEON



En Mannheim fue presentada «Los mártires del amor», de Nemeč. El director checo expresa poéticamente su propia amargura a través de la soledad de sus personajes. Arriba: «Tatuajes», de Shaaf; testimonio de un conflicto social y generacional.



qué medida este pesimismo —Dostolewsky escribió que el hombre es tanto más infeliz cuanto más inteligente; el progreso de los países nórdicos, el tiempo de ocio de que disfrutaban sus habitantes, no ha estimulado el optimismo, sino más bien lo contrario: el pensamiento engendra la duda, mientras la ignorancia suele desembocar en una alegría elemental y casi fisiológica— niega o complementa los programas culturales de un país socialista, hasta qué punto sus autores se integran o marginan de los procesos generales de la colectividad, es cosa que no puede contestarse a la ligera. Acaso sólo quepa hacer la siguiente afirmación: individuo y sociedad, libertad y justicia, son términos complementarios y no antagónicos. Si lo son y lo han sido con tanta frecuencia es porque la política ha vuelto la espalda a la ética. En otras palabras: cuando se plantea el conflicto entre libertad individual y «bien común» es que algo marcha mal, que algo en el hombre es sacrificado.

Cabe el argumento de las conquistas paulatinas. Socialismo y libertad habrían de encontrarse en un punto de la historia. Yo creo en este argumento. Lo que no es obstáculo para que sea real la actual crisis checoslovaca, tras la que se esconden una serie de datos y factores muy complejos. ¿Hasta qué punto se trata de un conflicto «dentro del socialismo» y en qué medida presupone una crítica del sistema? He aquí una importante pregunta a la que no es posible contestar con los elementos de juicio de que disponemos.

Las películas checoslovacas fueron dos. O mejor, una checa —presentada fuera de concurso— y otra eslovaca. La checa era «Los mártires del amor», de Jan Nemeč, a quien conocen muchos espectadores españoles a través de «Diamantes de la noche», film proyectado en casi todos nuestros cineclubs. A raíz de prohibir la proyección en el extranjero de su película «La fiesta de los invitados» —la Mostra intentó, inútilmente,

su inclusión en el último programa—, Nemeč ha venido a tipificar el conflicto de los cineastas checos con su censura. Nemeč había ganado el Gran Premio de Mannheim con «Diamantes de la noche», su primera película, años atrás. Y ahora se le invitó a que presentara la última.

«Los mártires del amor» es una magnífica película formada por tres historias independientes, aunque temáticamente ligadas entre sí. Cada historia es protagonizada por un personaje más o menos desamparado: un joven oficinista que vive en una pensión, una criada de una casa aristocrática y un huérfano ya madurito al que toman por otro y acogen en una fiesta familiar. Los relatos son, más o menos explícitamente, fantasías, sueños, vidas hechas con lo que sólo se vive excepcionalmente. La soledad, la obsesión sexual y enfermizo romanticismo, serán los estimulantes del joven oficinista, perdido en una realidad sensorialmente kafkiana. El sueño de la criada,



El film eslovaco «Kristore Roky», del nuevo director Jurak Jakubisko, recuerda «Los subversivos», de los Tavianni. Es significativa esta afinidad de los dos films.



«Loin du Vietnam» fue prohibida por ser, al parecer, una dura crítica a la política americana en Vietnam.

un sueño infantil, hecho de reminiscencias de literatura rosa, canciones de moda y un vago temor a lo que está por encima de ella, concluirá donde empezó: con la muchacha limpiando la casa. Finalmente, el huérfano, tras haber sido acogido, e invitado a volver, en una hermosa casta, intentará inútilmente reecontrarla. Los tres personajes se cruzarán sobre una calle de Praga en el último plano del film.

La obra —Kafka, Chaplin, Fellini— trata, en principio, de tres casos singulares; de tres «mártires del amor». Es obvio que el sentimiento de Nemec trasciende radicalmente la anécdota. Nemec es, en definitiva, el gran protagonista. Y la soledad de sus personajes es la expresión poética de su propia amargura.

La película eslovaca fue «Kristore Roky», de un nuevo director, Jurak Jakubisko. Sus personajes me recordaron algunos de «los subversivos», de los Taviani. Idéntica desesperación, idéntico vitalismo, idéntica necesidad de rebelión radical. Recordemos que los Taviani planteaban la situación de muchos comunistas italianos, súbitamente despojados —poco más o menos a raíz de la

muerte de Togliatti— de ciertos esquemas morales de conducta. ¿No resulta muy significativa esta afinidad entre «Kristore Roky» y «Los subversivos»?

«Kristore Roky» es, en principio, una historia de amor. Pero, en su arbitrariedad permanente, en el impune asesinato final de uno de los personajes, incluso en el chisporroteo de la imprecisa fotografía —con su aire incandescente, de realidad fugaz, hecha de millones de puntos perceptibles—, late una violencia de regusto hippie. Jakubisko arroja al mundo por la ventana y luego lanza una dolorosa carcajada.

nuevo cine alemán

En el panorama político trazado por el Festival de Mannheim fue fundamental el ciclo de Nuevo Cine Alemán. No hay manera de abordar en el espacio de unas líneas tan importante tema. Pero el hecho es innegable: los alemanes tienen un nuevo e importante cine. Un cine desesperado, nacido de un vergonzoso pasado nacional y de un durísimo presente. Basta ir a Berlín y pasar el muro fronterizo para comprender

Festival de Cine en Mannheim

—al margen de las razones que hayan hecho necesaria, consumada la catástrofe, la edificación de ese terrible muro— que ese cine tenía que llegar tarde o temprano.

En el ciclo proyectaron hasta catorce o quince films, todos sometidos a una constante ideología: la crítica vitriólica de la actual sociedad alemana. Lo interesante es que muchas de estas películas contra la sociedad capitalista de la Alemania Federal están hechas por hombres que se exilaron de la Alemania Popular de Ulbricht. Lo que sitúa inmediatamente el problema por encima de los cómodos maniqueísmos.

Espero hablar de todo esto en varios trabajos dedicados al teatro alemán que he visto en Berlín. Quede aquí registrado el punto de partida de mi reflexión sobre lo que podríamos llamar la tragedia «del progreso material» en un pueblo políticamente destruido. Entre la aventura hitleriana y su oscuro papel actual, los alemanes del Oeste viven su estabilización y progreso económico con una obligada amargura.

Los planos finales del excelente film «Tatuaje», de Schaaf, no pueden ser más expresivos. El muchacho, sin motivación inmediata, tras un paseo junto a la muralla berlinesa, tras oír hablar a su padre de la honradez y laboriosidad de sus antepasados, tras vivir en la recompuesta normalidad de su hogar, tras asomarse a las experiencias que marcan el comienzo de la adolescencia... dispara contra su padre todas las balas de una pistola. Es posible que Schaaf haya exagerado. Pero en esa imagen del padre caído en mitad de un campo de almendros en flor, entre músicas serenas, mientras el hijo huye desesperadamente, está la síntesis de un conflicto social y generacional del que el cine alemán no hace sino levantar testimonio.

la película prohibida

¿Qué hacer en mitad de esta crisis general?

No es buena respuesta, desde luego, prohibir. Y en Mannheim no vimos una de las películas esperadas con más curiosidad: «Loin du Vietnam», cuyos distintos episodios dirigen Alain Resnais, William Klein, Joris Ivens, Agnes Varda, Claude Lelouch y Jean-Luc Godard.

Dicen que no la vimos por criticar duramente la política norteamericana en el Vietnam. En Venecia, Chiarini aseguró que no la veíamos porque, sencillamente, era un documental malo que, además, habla llegado fuera de plazo. También se dijo en Mannheim que no la veíamos porque el gobierno francés quería autorizarla una vez concluido el Festival a fin de que su lanzamiento fuese lo más discreto posible. También se ha dicho...

Mal, muy mal seguirán andando las cosas, mientras sea ésta la respuesta a las preguntas que hoy agobian el mundo.

J.M.